

RAIMON PANIKKAR, *Visió trinitària i cosmoteàndrica: Déu, home, cosmos, Opera Omnia VIII*, Fragmenta, Barcelona, 2011, 396 pp. ISBN: 978-84-92416-56-3

Desde el punto de vista teológico, estamos ante uno de los volúmenes más significativos de la *Opera Omnia* de este polifacético pensador. Se trata del quinto tomo publicado hasta el momento en catalán por la editorial Fragmenta. El orden de aparición de los tomos es aleatorio. Encontramos en el presente algunas de las aportaciones más logradas y maduras del autor. Están organizadas del siguiente modo: fieles al ritmo ternario o triádico panikkariano, se despliega en tres grandes partes: (I) Aspectos de lo divino, (II), Visión trinitaria y (III) La realidad cosmoteándrica. La primera parte supone un adentramiento en la concepción de la divinidad. Comienza analizando la palabra misma, distinguiéndola del término *Dios*. A su entender, *divinidad* tiene un nivel de abstracción mayor que *Dios*, que sería el nombre propio de las religiones teístas y también al que se refieren los ateos cuando tratan de negarlo (p.20). Al emplear el término *divinidad*, PANIKKAR universaliza al máximo su presencia en todas las cosmovisiones, como el horizonte último al que se refieren todas, sobrepasando el carácter de objeto sensible o inteligible. A partir de aquí especifica los diversos horizontes sobre los que se proyecta, trascendiéndolos: el metacosmológico, el metaantropológico y el metaontológico. Con todo, PANIKKAR es consciente de que el término no es del todo satisfactorio porque no todas las tradiciones se reconocen en él, como la budhista, la cual ve en la noción de divinidad una cierta substantivización. Con todo, lo seguirá utilizando en la medida que es el que tiene menos contenido específico. Un segundo capítulo está dedicado a los rostros de Dios. Los rostros de Dios son los rostros del hombre pero también al revés: los rostros del hombre son rostros de Dios (p.54). No nos podemos sustraer a esta reciprocidad. El rostro es esa dimensión de Dios y de nosotros que, al conocerla, la amamos. El rostro de Dios es la manifestación o el acceso a la dimensión amante de la divinidad. En el hinduismo se corresponde con la *Istadevata*, el aspecto personal del impersonal Brahman.

En la primera sección de la segunda parte encontramos el texto más significativo de PANIKKAR sobre la Trinidad; “La Trinidad, una experiencia humana primordial” (pp.69-155). Su aportación central consiste en indicar que si bien la tradición ha considerado hasta el momento una Trinidad inmanente (*ad intra*) y otra económica (*ad extra*), hoy hay que hablar de una Trinidad radical. PANIKKAR considera que esta trinidad constituye una experiencia humana universal. Expresa la constitución triádica de la realidad: Dios, hombre, mundo; cuerpo, alma, espíritu; acción, amor, conocimiento, etc. Se ha discutido mucho esta presentación panikkariana de la Trinidad, considerando algunos que al identificarla como un universal cultural humano pierde su carácter cristiano. Otros teólogos, en cambio, consideran que tal universalización hace más accesible y comprensible el dogma cristiano. Raimon Llull, en el s.XIII, con sus tríadas, estaría muy cerca de este otro Raimon del s.XX y XXI. La segunda sección de esta segunda parte (pp.157-202) está constituida por un texto menos conocido sobre una visión del ser humano como misterio trinitario, irreductible tanto a sujeto como a objeto. Su carácter personal trasciende ambas cosas. PANIKKAR introduce aquí unas *quaternitas* –griega, hindú y cósmica- para mostrar que otras culturas también combinan la cifra terráquea del cuatro. El ser humano es, para la cultura griega, cuerpo (*soma*), alma (*psyché*), comunidad (*polis*) y entorno (*aion*). La ausencia de lo divino en esta *quaternitas* se explica en cuanto que lo divino se aclara en contraposición a lo que no es lo humano. En el hinduismo, las categorías homeomórficas correspondientes son: *jiva* (individuación viviente), *aham* (conciencia del yo), *atman* (espíritu) y *brahman* (lo universal). En la conciencia cósmica, existe todavía otra *quaternitas*: tierra, agua, fuego,

y aire, las cuales están respectivamente en relación con las anteriores: el cuerpo con la tierra y el *jiva*, la vida psíquica con el agua y el *aham*, la pertenencia a un pueblo con el fuego y el *atman*, y el aire con el entorno y *brahman*. Estas complejas interrelaciones van preparando el terreno a la tercera parte del volumen. Pero antes de ella, el texto remonta el vuelo al presentar al ser humano como portador radical del misterio.

En la Tercera Parte (pp.203-380) es donde se aborda el término que quizá mejor expresa el pensamiento de Raimon Panikkar: la realidad o intuición cosmoteándrica. En él está condensado el núcleo de su cosmovisión: la radical interrelacionalidad de la realidad. El neologismo aparece en sus escritos a partir de 1976. Esto significa que estamos ante una aportación relativamente tardía, resultado de un proceso de maduración de sus reflexiones y meditaciones constantes. La palabra que empleaba antes era *teandrismo*, conjunción de lo divino y lo humano, que provenía de la teología patristica y medieval y del pensamiento occidental en general. La aportación panikkariana consiste en incluir el cosmos. De esta manera la diada se convierte en tríada y la tríada permite la superación de la dualidad.

Desde las religiones teístas parece que la secuencia del neologismo debería ser: *Théos-anthropos-kosmos*. PANIKKAR aclara en diversos momentos que por razones eufónicas prefiere el orden tal como lo conocemos. Pero las razones no son sólo para la mejor sonoridad, ya que en otros lugares dice explícitamente que la radical interrelacionalidad de la realidad no permite la jerarquización de ninguna dimensión, sino que su fuerza radica en su reciprocidad. La jerarquización responde a una mentalidad de comparaciones, competitividades, sumisiones y finalmente exclusiones. En este punto es donde el pensamiento teológico de PANIKKAR más se separa de teología cristiana clásica, según la cual la jerarquización de lo Real es claramente teísta. A mi modo ver, en esta postura encontramos claramente la influencia del budismo, donde la realidad "divina" o trascendente no es sustancial, sino un estado de vacuidad que no está separado de la manifestación misma de las cosas. El *nirvana* es el *samsara* y el *samsara* es el *nirvana* en una recíproca e inseparable relación.

Esta visión triádica está en relación con la Trinidad Radical que hemos visto anteriormente. Desde las dos perspectivas se insiste en que hay tres dimensiones constitutivas y simultáneas de la realidad y en cada una de ellas están las otras dos. No existe una sin las otras: “Les parts són participacions reals i han de ser compreses no pas segons un model merament espacial, com els llibres formen part d’una biblioteca o el carburador i l’engranatge del diferencial són parts d’un automòbil, sinó més aviat segons una unitat orgànica, com ànima i cos o intel·ligència i voluntat pertanyen a l’èsser humà: són viscudes com a parts, però no són parts que hom pugui separar del tot sense deixar de ser allò que realment són (...). Són dimensions constitutives del tot, que impregna tot allò que és –com els membres d’un Cos viu” (p.285). El término *cosmoteándrico* trata de expresar el flujo continuo de ser, de vida, de existencia entre lo no-manifestado (lo divino), lo manifestado (la materia y el cosmos) y el nexo que se hace entre los dos a través de la conciencia (el humano). Dicho de otra forma, la realidad está constituida por un Fondo que le sobrepasa siempre, que hace que no podemos reducir lo que vemos con nuestros sentidos ni entender con nuestra mente, al tiempo, la realidad es concreta y se manifiesta en diversas formas de materia y de energía y que esto lo percibimos a través una conciencia humana, que es la nuestra. Esta radical interrelacionalidad hace que no se pueda absolutizar la trascendencia a costa de negar la inmanencia (tentación de las religiones monoteístas), que no se pueda absolutizar el ser humano (tentación de un antropocentrismo que niega el misterio y se desvincula de la naturaleza), y que tampoco se absoluticen las fuerzas de la naturaleza, desvinculadas del ser humano y del fondo trascendente que las abren más allá de ellas

mismas. La clave radica en captar la circularidad de los tres vértices por la que cada uno está yendo continuamente a los demás sin que ninguno quede reducido al otro, sino que conserva plenamente el ámbito que le es propio.

Por último, en la segunda sección de esta tercera parte (pp.315-371), se presentan los rasgos de una espiritualidad cosmoteándrica. A partir de nueve pautas (tres veces tres), PANIKKAR desarrolla lo que podría ser vivir este cosmoteandrismo, proponiendo un modo de existencia que tiene su primado en el desarrollo de la vida, donde el ser humano es revelación de la palabra-sentido, una palabra que procede del silencio, que a su vez es obertura al vacío. Este vacío se convierte en espaciosidad para una acción lúcida y libre, por la cual el mundo se descubre y se transforma. Todo ello hace al ser humano partícipe de lo divino en el mundo que es su revelación y escenario.

En definitiva, el presente volumen de la *Opera Omnia* nos permite tener juntos estudios dispersos que, al estar reunidos en un mismo texto, facilitan una comprensión más orgánica y unitaria del pensamiento teológico, antropológico y cosmológico panikkkarino. A ello hay que añadir que estamos ante una publicación impecable, con un catalán fluido y preciso, enriquecida con un índice onomástico y con una aclaración de términos técnicos o procedentes de otras lenguas. Todo ello lo hace un libro indispensable para los que deseen seguir profundizando en una de las aportaciones más ricas del pensamiento religioso contemporáneo.

Javier Melloni